

Fragmentos de El Aleph – Jorge Luis Borges¹

Lo que vieron mis ojos fue simultáneo: lo que transcribiré, sucesivo, porque el lenguaje lo es. Algo, sin embargo, recogeré.

(...)

En la parte inferior del escalón, hacia la derecha, vi una pequeña esfera tornasolada, de casi intolerable fulgor. Al principio la creí giratoria; luego comprendí que ese movimiento era una ilusión producida por los vertiginosos espectáculos que encerraba. (...) Cada cosa (la luna del espejo, digamos) era infinitas cosas, porque yo claramente la veía desde todos los puntos del universo. Vi el populoso mar, vi el alba y la tarde, vi las muchedumbres de América, vi una plateada telaraña en el centro de una negra pirámide, vi un laberinto roto (era Londres), vi interminables ojos inmediatos escrutándose en mí como en un espejo, vi todos los espejos del planeta y ninguno me reflejó. (...) Vi el Aleph, desde todos los puntos, vi en el Aleph la tierra, y en la tierra otra vez el Aleph y en el Aleph la tierra, vi mi cara y mis vísceras, vi tu cara, y sentí vértigo y lloré, porque mis ojos habían visto ese objeto secreto y conjetural, cuyo nombre usurpan los hombres, pero que ningún hombre ha mirado: el inconcebible universo.

Fragmentos de El sueño y el tiempo – María Zambrano²

Aquello, pues, de lo que estamos privados durante el sueño es el tiempo, lo cual sucede independientemente, quizá, de que el sueño sea o no instantáneo, pues este tiempo puede prolongarse en el tiempo, en un tiempo mensurable. Y aunque el sueño transcurra en un instante, esto no podría determinar el que no tengamos tiempo en él. Lo que determina este hecho es que estamos siempre suspendidos del uso del tiempo, de que estamos en él inmersos, mas sin poderlo usar; de que asistimos propiamente a un tiempo sin dueño. Y esto da por consecuencia la no aparición del instante, de ese instante único, privilegiado; el instante nuestro, en el que nos extrañamos y nos preguntamos, el instante vacío de acontecimiento. El uso del tiempo, el tiempo propiamente humano, nace de un vacío, de un poro en el transcurrir temporal. Pues en el sueño hay un transcurrir: acontecimientos que se siguen, imágenes que se desvanecen y otras que surgen, mas no hay este instante vacío que es lo que hace que propiamente pase algo.

(...)

La estructura del tiempo en el sueño es, pues, sin poros, un tiempo compacto donde no podemos entrar. Así, en cierto modo, somos externos a lo que nos sucede; la conciencia no entra, sino que, separada, asiste.

(...)

Entendemos por vacío: donde no hay ni peso ni resistencia (distancia que recorrer). Espacio: donde hay una resistencia para los cuerpos y para el movimiento. Una distancia a recorrer. Entonces, ¿qué carácter tienen los movimientos efectuados en sueños? ¿O los que en sueños suceden? No el de hacerse, sino de ser-movimiento, de desplegarse en un movimiento aparente, en un movimiento-quietud, sustancia, por así decir. El movimiento es un estado, o, más bien, el ser puro del movimiento; no algo que conquiste el sujeto al moverse en un espacio-tiempo.

¹ Borges, J. L. *El aleph* (p. 5). Universidad Complutense de Madrid. <https://www.ucm.es/data/cont/docs/119-2014-02-11-Borges.El%20Aleph76.pdf>

² Zambrano, M. El sueño y el tiempo, en *El sueño creador* (1965), Editorial Turner, Madrid (1986). En *Las formas del siglo XX* (p. 59), Editorial Gustavo Gili, Barcelona (2002).